

# 1. El poder de Dios está en el Evangelio

(índice)

## ***El saludo. Romanos 1:1-7***

1 Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, 2 que él había antes prometido por sus profetas en las santas Escrituras, 3 acerca de su Hijo (que fue hecho de la simiente de David según la carne: 4 el cual fue declarado Hijo de Dios con potencia, según el espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos), de Jesucristo Señor nuestro, 5 por el cual recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia de la fe en todas las naciones en su nombre, 6 entre las cuales sois también vosotros, llamados de Jesucristo: 7 a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados santos: Gracia y paz tengáis de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

**Un siervo (esclavo).** “Pablo, siervo de Jesucristo”. Así es como el apóstol se presenta a los romanos. En otras epístolas diferentes utiliza la misma expresión. Algunos se avergonzarían de definirse como siervos; pero tal no fue el caso de los apóstoles.

Hay una gran diferencia, dependiendo de a quién servimos. La importancia del siervo deriva de la dignidad de aquel a quien sirve. Pablo servía al Señor Jesucristo. Está al alcance de todos el servir al mismo Amo. “¿No sabéis que a quien os prestáis vosotros mismos por siervos para obedecerle, sois siervos de aquel a quien obedecéis?” (Rom 6:16). Hasta el mismo empleado del hogar que se entrega al Señor es siervo del Señor, y no del hombre. “Siervos, obedeced en todo a vuestros amos carnales, no sirviendo al ojo, como los que agradan a los hombres, sino con sencillez de corazón, temiendo a Dios: Y todo lo que hagáis, hacedlo de ánimo, como al Señor, y no a los hombres; Sabiendo que del Señor recibiréis la compensación de la herencia: porque al Señor Cristo servís” (Col 3:22-24). Una consideración tal no puede por menos que dignificar la labor más humilde y rutinaria que quepa imaginar.

Nuestra versión no expresa toda la fuerza del término que el apóstol

emplea al llamarse “siervo”. En realidad es “siervo esclavo”. Empleó el término con el que se referían normalmente a los esclavos. Si somos realmente los siervos del Señor, somos sus esclavos de por vida. Pero es el tipo de esclavitud que lleva en sí misma la libertad. “Porque el que en el Señor es llamado siendo siervo, liberto es del Señor: asimismo también el que es llamado siendo libre, siervo es de Cristo” (1 Cor 7:22).

**Apartado.** El apóstol Pablo fue “apartado para el evangelio”. Así lo es todo aquel que sirve realmente al Señor. “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro: no podéis servir a Dios y a Mammón [las riquezas]” (Mat 6:24). Nadie puede servir *al Señor* y además a algún *otro señor*.

¿Significa que un empresario o un hombre de negocios no puede ser un buen cristiano? -Nada lo impide. Lo que venimos diciendo es que un hombre no puede servir al Señor, y al mismo tiempo estar sirviendo a otro amo. “Y todo lo que hacéis, sea de palabra, o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por él” (Col 3:17). Si el hombre de negocios no está sirviendo al Señor en sus negocios, entonces no está sirviendo al Señor en absoluto. El verdadero siervo de Dios es realmente “apartado para...”.

Pero eso no significa que se aísla a sí mismo del contacto personal con el mundo. La Biblia no justifica la reclusión monástica. El pecador de quien menos esperanza hay es aquel que se siente demasiado bueno como para asociarse con pecadores. ¿Cómo pues hemos de ser *apartados para* el evangelio? Por la presencia de Dios en el corazón. Moisés dijo al Señor: “Si tu rostro no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí. ¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en andar tú con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra?” (Éxodo 33:15-16).

Pero aquel que es apartado para el ministerio público del evangelio,

tal como lo fue el apóstol Pablo, es apartado en el sentido especial de no poder implicarse en otros negocios cuyo fin sea la ganancia personal. “Ninguno que milita se embaraza en los negocios de esta vida; a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado” (2 Tim 2:4). No puede ostentar posición alguna, por elevada que sea, en los gobiernos terrenales. Tal cosa deshonraría a su Señor y comprometería su servicio. El ministro del evangelio es el embajador de Cristo, y ninguna otra posición se le puede aproximar en honor.

**El evangelio de Dios.** El apóstol afirmó que había sido “apartado para el evangelio de Dios”. Es el evangelio de Dios “acerca de su Hijo”. Cristo es Dios, y por lo tanto el evangelio de Dios al que se refiere en el primer versículo de la epístola, es idéntico al “evangelio de su Hijo” nombrado en el versículo 9.

Demasiadas personas separan al Padre y al Hijo en la obra del evangelio. Muchos lo hacen inconscientemente. Dios el Padre, tanto como el Hijo, es nuestro Salvador. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3:16). “Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí” (2 Cor 5:19). “Y consejo de paz será entre ambos a dos” (Zac 6:13). Cristo vino a la tierra como representante del Padre. Quien veía a Cristo, veía también al Padre (Juan 14:9). Las obras que Cristo hizo, eran las obras del Padre, quien moraba en él (Juan 14:10).

Hasta las palabras que hablaba, eran las palabras del Padre (Juan 10:24). Cuando oímos a Cristo decir: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar”, estamos oyendo la invitación llena de gracia de Dios Padre. Cuando contemplamos a Cristo tomando a los niñitos en sus brazos y bendiciéndolos, estamos presenciando la ternura del Padre. Cuando vemos a Cristo recibiendo a pecadores, mezclándose con ellos, comiendo con ellos, perdonando sus pecados y limpiando a los despreciados leprosos mediante su toque sanador, estamos ante la condescendencia y compasión del Padre. Hasta cuando vemos a nuestro Señor en la cruz, con la sangre manando de su costado

herido, esa sangre por la que somos reconciliados con Dios, no debemos olvidar que “Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí”, de forma que el apóstol Pablo pudo decir: “la iglesia de Dios, que adquirió mediante la sangre del propio [Hijo]” (Hechos 20:28).

**El evangelio en el Antiguo Testamento.** El evangelio de Dios para el que el apóstol Pablo afirmaba haber sido apartado, era el evangelio “que él había antes prometido por sus profetas en las santas Escrituras” (Rom 1:2); era literalmente el evangelio que Dios había previamente anunciado o predicado. Eso nos muestra que el Antiguo Testamento contiene el evangelio, y también que el evangelio en el Antiguo Testamento es el mismo que en el Nuevo. Es el único evangelio que el apóstol predicó. Siendo así, a nadie debería extrañar que creamos el Antiguo Testamento y que lo consideremos con la misma autoridad que el Nuevo.

Leemos que Dios “evangelizó [anunció de antemano la buena nueva] a Abraham, diciendo: ‘En ti serán benditas todas las naciones’” (Gál 3:8). El evangelio predicado en los días de Pablo era el mismo que se predicó a los Israelitas de antaño (Heb 4:2). Moisés escribió sobre Cristo; tanto del evangelio contienen sus escritos, que alguien que no crea lo que Moisés escribió, no puede creer en Cristo (Juan 5:46-47). “A éste dan testimonio todos los profetas, de que todos los que en él creyeren recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10:43).

Cuando Pablo fue a Tesalónica, disponía solamente del Antiguo Testamento, y “como acostumbraba, entró a ellos y por tres sábados disputó con ellos de las Escrituras, declarando y proponiendo que convenía que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos” (Hechos 17:2-3).

Timoteo, en su juventud, no disponía de otra cosa que no fuese los escritos del Antiguo Testamento, y el apóstol Pablo le escribió: “Persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salud por la fe

que es en Cristo Jesús” (2 Tim 3:14-15).

Por lo tanto, ve al Antiguo Testamento esperando encontrar allí a Cristo y su justicia, y serás hecho sabio para la salvación. No separes a Moisés de Pablo, a David de Pedro, a Jeremías de Santiago ni a Isaías de Juan.

**La simiente de David.** El evangelio de Dios es “acerca de su Hijo, que fue hecho de la simiente de David según la carne” (Rom 1:3). Lee la historia de David y de los reyes que de él descendieron -que fueron la ascendencia de Jesús- y comprobarás que en el aspecto humano, el Señor estuvo tan negativamente afectado por sus antepasados como cualquier hombre pueda jamás haberlo estado. Muchos de ellos eran idólatras licenciosos y crueles. Aunque Jesús estaba hasta ese punto rodeado de flaqueza, “no hizo pecado; ni fue hallado engaño en su boca” (1 Ped 2:22). Eso es así con el fin de proveer ánimo para la persona en la peor condición imaginable de la vida. Es así para mostrar que el poder del evangelio de la gracia de Dios triunfa sobre la herencia.

El hecho de que Jesús fue hecho de la simiente de David significa que es heredero del trono de David. Refiriéndose a ese trono, el Señor dijo: “Será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro; y tu trono será estable eternamente” (2 Sam 7:16). El reinado de David es, por consiguiente, consustancial a la herencia prometida a Abraham, que incluye toda la tierra (Rom 4:13).

El ángel dijo de Jesús: “Le dará el Señor Dios el trono de David su padre y reinará en la casa de Jacob por siempre; y de su reino no habrá fin” (Luc 1:32-33). Pero todo ello implicaba también que llevaría la maldición de la herencia, sufriendo la muerte. “Habiéndole sido propuesto gozo, sufrió la cruz, menospreciando la vergüenza” (Heb 12:2). “Por lo cual Dios también le ensalzó a lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Fil 2:9).

Con nosotros sucede como con Cristo: es mediante gran tribulación como entramos en el reino. Aquel que retrocede ante la censura, o

que hace de su humilde condición al nacer o de sus rasgos heredados una excusa para sus derrotas, perderá el reino de los cielos. Jesucristo vino desde las más bajas profundidades de la humillación con el fin de que todos cuantos están en tales profundidades puedan, si así lo desean, ascender con él a los lugares más exaltados.

**Poder por la resurrección.** Aunque Jesucristo tuvo un nacimiento humilde, “fue declarado Hijo de Dios con potencia, según el espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos” (Rom 1:4). ¿Acaso no era el Hijo de Dios antes de la resurrección? ¿No se lo había declarado ya como tal? -Ciertamente, y el poder de la resurrección se manifestó durante toda su vida. Sin ir más lejos, el poder de la resurrección se demostró en el hecho de levantarse de los muertos, algo que hizo por el poder que moraba en él. Pero fue la resurrección de los muertos la que estableció ese hecho más allá de toda duda, a la vista de los hombres.

Después de haber resucitado, fue a los discípulos y les dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mat 28:18). La muerte de Cristo había desmoronado todas las esperanzas que habían puesto en él, pero cuando “se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoles por cuarenta días” (Hechos 1:3), tuvieron amplia demostración de su poder.

Su única obra a partir de entonces, sería dar testimonio de su resurrección y de su poder. El poder de la resurrección es según el Espíritu de santidad, ya que fue mediante el Espíritu como fue resucitado. El poder que se da para hacer al hombre santo, es el poder que resucitó a Cristo de los muertos. “Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos sean dadas de su divina potencia”.

**La obediencia de la fe.** Pablo afirma que mediante Cristo había recibido gracia y apostolado para la obediencia de la fe en todas las naciones. La verdadera fe es obediencia. “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (Juan 6:29). Cristo dijo: “¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?” (Luc 6:46).

Es decir: una profesión de fe en Cristo que no va acompañada por la obediencia, es inútil. “La fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma” (Sant 2:17). “Como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras es muerta” (vers. 26).

El hombre no respira para demostrar que está vivo. Respira porque está vivo. Vive respirando, y su respiración es su vida. Así también, el hombre no debe hacer buenas obras para demostrar que tiene fe, sino que hace buenas obras porque estas son el resultado necesario de su fe. Hasta Abraham fue justificado por las obras, dado que “la fe obró con sus obras, y... la fe fue perfecta por las obras. Y fue cumplida la Escritura que dice: ‘Abraham creyó a Dios, y le fue imputado a Justicia’”.

**Amados de Dios.** Esa fue una consoladora seguridad para “todos los que [estaban] en Roma”. ¡Cuántos habrían deseado oír de labios de un ángel venido directamente de la gloria, lo que Gabriel dijo a Daniel: “Tú eres muy amado”! El apóstol Pablo escribió por inspiración directa del Espíritu Santo, de forma que el mensaje de amor vino a los romanos tan directamente desde el cielo como el de Daniel. El Señor no señaló por nombre a algunos favoritos, sino que afirmó que todos en Roma eran amados de Dios.

Ahora bien, Dios no hace acepción de personas, y ese mensaje de amor a los romanos, lo es también para nosotros. Eran “amados de Dios”, sencillamente porque “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna” (Juan 3:16). “Jehová se manifestó a mí ya mucho tiempo ha, diciendo: ‘Con amor eterno te he amado’” (Jer 31:3). Y ese amor eterno a los hombres no vaciló nunca, aunque los hombres hayan podido olvidarlo, ya que a aquellos que se han apartado y han caído por su iniquidad, les dice: “Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia” (Oseas 14:4). “Si fuéremos infieles, él permanece fiel: no se puede negar a sí mismo”.

**Llamados santos.** Dios llama a todos los hombres a ser santos, pero a aquellos que lo *aceptan*, los llama santos. Tal es su calificativo. Si

Dios los llama santos, son santos.

Esas palabras fueron dirigidas a la iglesia *en* Roma, y no a la iglesia *de* Roma. La iglesia “de Roma” siempre ha sido apóstata y pagana. Ha abusado de la palabra “santo” hasta haberla convertido en poco menos que una banalidad en el calendario. Pocos pecados ha cometido Roma tan graves como hacer distinción entre los “santos” y los cristianos comunes, creando con ello dos escalas de bondad. Ha llevado a la gente a creer que el obrero y el ama de casa no son ni pueden llegar a ser santos, habiendo así rebajado la verdadera piedad práctica cotidiana, a la vez que ha exaltado la piedad indolente y los actos de justicia propia.

Pero Dios no tiene dos normas de piedad, y a todos los fieles de Roma, pobres y desconocidos como eran muchos de ellos, los llamó santos. Lo mismo sucede hoy con Dios, aunque los hombres puedan no reconocerlo así.

Los primeros siete versículos del primer capítulo de Romanos están dedicados al saludo. Jamás una carta no inspirada abarcó tanto en su salutación como esta de Pablo. Tan rebotante estaba el apóstol del amor de Dios, que fue incapaz de escribir una carta sin expresar la casi totalidad del evangelio en el saludo introductorio. Los siguientes ocho versículos bien pueden resumirse en “soy deudor [a todos]”, ya que muestran la plenitud de la devoción del apóstol hacia los demás. Leámoslos cuidadosamente, y no nos contentemos con una sola lectura:

**8** Primeramente doy gracias a mi Dios por Jesucristo acerca de todos vosotros, de que vuestra fe es predicada en todo el mundo.

**9** Porque testigo me es Dios, al cual sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, que sin cesar me acuerdo de vosotros siempre en mis oraciones, **10** Rogando, si al fin algún tiempo haya de tener, por la voluntad de Dios, próspero viaje para ir a vosotros.

**11** Porque os deseo ver, para repartir con vosotros algún don espiritual, para confirmaros; **12** Es a saber, para ser juntamente consolado con vosotros por la común fe vuestra y juntamente mía.

**13** Mas no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (empero hasta ahora he sido

estorbado), para tener también entre vosotros algún fruto, como entre los demás Gentiles. **14** A Griegos y a bárbaros, a sabios y a no sabios soy deudor. **15** Así que, cuanto a mí, presto estoy a anunciar el evangelio también a vosotros que estáis en Roma.

**Un gran contraste.** En los días del apóstol Pablo, la fe de la iglesia que había en Roma era conocida en todo el mundo. Fe significa obediencia, ya que la fe es contada por justicia, y Dios no cuenta nunca una cosa por lo que no es. La fe “obra por el amor” (Gál 5:6). Y esa obra es “la obra de vuestra fe” (1 Tes 1:3). Fe significa también humildad, como lo muestran las palabras del profeta: “Se enorgullece aquel cuya alma no es derecha en él: mas el justo en su fe vivirá” (Hab 2:4). Aquel cuya alma es derecha, es un hombre justo; aquel que se enorgullece no es justo: su alma carece de rectitud. Pero el justo lo es por su fe, por lo tanto, solamente posee la fe aquel cuya alma no se enorgullece. En los días de Pablo los hermanos romanos eran, pues, humildes.

Hoy es muy diferente. El *Catholic Times* del 15 de junio de 1894 nos da muestra de ello. El papa dijo: “Hemos dado autoridad a los obispos del rito Sirio para que se reúnan en sínodo en Mosul”. Decretó una “muy fiel sumisión” de esos obispos y ratificó la elección del patriarca por “nuestra autoridad apostólica”. Una publicación anglicana expresó su sorpresa preguntando: “¿Se trata de una unión voluntaria de iglesias en un plano de igualdad, o se trata de sumisión a una cabeza suprema y monárquica?” A eso replicó el *Catholic Times*: “No es una unión libre e igualitaria entre iglesias, sino que es sumisión a una cabeza suprema y monárquica... Decimos a nuestro interlocutor anglicano: Usted no está realmente sorprendido. Usted conoce bien lo que Roma reclama y reclamará siempre: obediencia. Esa es la exigencia que ponemos ante el mundo, por si no lo hubiésemos expresado con anterioridad”.

Pero tal pretensión no existía en los días de Pablo. En ese tiempo se trataba de la iglesia *en* Roma; ahora es la iglesia *de* Roma. La iglesia en Roma era conocida por su humildad y su obediencia a Dios. La iglesia de Roma es conocida por su altiva pretensión de poseer el

poder de Dios, y por su demanda de que se la obedezca a ella.

**Orad sin cesar.** El apóstol exhortó a los Tesalonicenses a orar sin cesar (1 Tes 5:17). No exhortaba a otros a que hicieran lo que él mismo no hacía, ya que aseguró a los romanos que los mencionaba sin cesar en sus oraciones. No hay que suponer que el apóstol tuviera en su mente a los hermanos de Roma a cada hora del día, dado que en ese caso no se habría podido ocupar de nada más. Nadie puede estar conscientemente en oración sin interrupción, pero todos pueden ser “constantes en la oración”, o “perseverar en la oración”.

Eso armoniza con lo dicho por el Salvador “sobre que es necesario orar siempre y no desmayar” (Luc 18:1). En la parábola que Lucas relata a continuación, el juez injusto se queja por la continua visita de la pobre viuda. Esa es una ilustración de lo que constituye orar sin cesar. No significa que debemos estar en todo momento en oración consciente, en cuyo caso descuidaríamos los deberes prácticos, sino que jamás debemos cansarnos de orar.

**Un hombre de oración.** Eso era Pablo. Mencionaba a los romanos en todas sus oraciones. Escribió a los corintios: “Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros” (1 Cor 1:4). A los colosenses: “Damos gracias al Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo, siempre orando por vosotros” (Col 1:3). Escribió aún más enfáticamente a los filipenses: “Doy gracias a mi Dios en toda memoria de vosotros, siempre en todas mis oraciones haciendo oración por todos vosotros con gozo” (Fil 1:3-4). A los tesalonicenses: “Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones; sin cesar acordándonos delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe...” (1 Tes 1:2-3). Y “orando de noche y de día con grande instancia, que veamos vuestro rostro, y que cumplamos lo que falta a nuestra fe” (1 Tes 3:10). A su amado hijo en la fe, escribió: “Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar tengo memoria de ti en mis oraciones noche y día” (2 Tim 1:3).

**Estad siempre gozosos.** El secreto de eso está en “orar sin cesar”

(1 Tes 5:16-17). El apóstol Pablo oraba tanto por los demás, que no tenía tiempo para preocuparse acerca de sí mismo. Nunca había visto a los romanos, sin embargo oraba por ellos tan fervientemente como por las iglesias que él había fundado. Dando cuenta de sus labores y sufrimientos, los incluye en aquello que “sobre mí se agolpa cada día, la solicitud de todas las iglesias” (2 Cor 11:28).

“Como doloridos, mas siempre gozosos”. Cumplió la ley de Cristo sobrellevando las cargas de los otros. Así fue como pudo gloriarse en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Cristo sufrió en la cruz por los demás, pero fue “en vista del gozo que le esperaba”. Los que están plenamente entregados a los demás comparten el gozo de su Señor y se pueden alegrar en él.

**Un próspero viaje.** Pablo oraba fervientemente para poder tener un próspero viaje de visita a Roma, por la voluntad de Dios. Si lees el capítulo veintisiete de los Hechos, verás el tipo de viaje que tuvo. Aparentemente podríamos aplicar cualquier calificativo a ese viaje, excepto el de “próspero”. Sin embargo, no oímos ni una sola queja de Pablo. ¿Quién ha dicho que aquel no fuera un próspero viaje? “Sabemos que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien”, por lo tanto debió ser realmente un viaje próspero. Es bueno que tomemos esas cosas en cuenta.

Estamos muy inclinados a considerar las cosas desde un ángulo equivocado. Cuando aprendamos a verlas como Dios las ve, nos daremos cuenta de que aquello que habíamos percibido como desastroso es en realidad próspero. ¡Cuántos lamentos podríamos evitar si recordásemos siempre que Dios sabe mucho mejor que nosotros cómo contestar nuestras oraciones!

**Dones espirituales.** Cuando Cristo subió “a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres” (Efe 4:8). Esos dones eran los dones del Espíritu, ya que Jesús habló sobre la conveniencia de que “yo vaya: porque si yo no fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si yo fuere, os lo enviaré” (Juan 16:7). Y Pedro dijo en el día de Pentecostés: “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos

nosotros somos testigos. Así que, levantado por la diestra de Dios, y recibiendo del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (Hechos 2:32-33).

Esos dones son descritos en estos términos: “Hay repartimiento de dones, mas el mismo Espíritu es. Y hay repartimiento de ministerios; mas el mismo Señor es. Y hay repartimiento de operaciones; mas el mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos. Empero a cada uno le es dada manifestación del Espíritu para provecho. Porque a la verdad, a este le es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro, fe por el mismo Espíritu, y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu; a otro, operaciones de milagros, y a otro, profecía, y a otro, discreción de espíritus, y a otro, géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Mas todas estas cosas obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo particularmente a cada uno como quiere” (1 Cor 12:4-11).

**Establecidos por dones espirituales.** “A cada uno le es dada manifestación del Espíritu para provecho”. ¿Para qué provecho? “Para perfección de los santos, para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo” (Efe 4:12-13).

Los dones del Espíritu deben acompañar al Espíritu. Tan pronto como los primeros discípulos recibieron el Espíritu, de acuerdo con la promesa, recibieron los dones. Uno de los dones, el hablar en nuevas lenguas, se manifestó ese mismo día. Se deduce, por lo tanto, que la ausencia de los dones del Espíritu en cualquier grado notable en la iglesia, es evidencia de la ausencia del Espíritu. No enteramente, por supuesto, pero sí en la medida en la que Dios lo ha prometido.

El Espíritu tenía que morar con los discípulos para siempre, y por lo tanto los dones del Espíritu deben manifestarse en la verdadera

iglesia hasta la segunda venida del Señor. Como ya hemos visto, cualquier ausencia marcada de la manifestación de los dones del Espíritu, es evidencia de la ausencia de la plenitud del Espíritu; y tal es el secreto de la debilidad de la iglesia, así como de las grandes divisiones que en ella existen. Los dones espirituales establecen la iglesia, por lo tanto la iglesia que no posee esos dones no puede considerarse “establecida”.

**¿Quién puede tener el Espíritu?** Aquel que lo pida con ferviente deseo. Ver Lucas 11:13. El Espíritu fue ya derramado, y Dios nunca retiró el don; lo único que resta es que los cristianos lo pidan y lo acepten.

**Soy deudor.** Esa fue la clave en la vida de Pablo y el secreto de su éxito. Hoy oímos decir: ‘El mundo está en deuda conmigo’, pero Pablo consideraba que él mismo se debía al mundo. Sin embargo no recibía del mundo sino azotes y abuso. Incluso todo lo que había recibido antes de que Cristo lo encontrase fue una pérdida total. Pero Cristo lo había encontrado y Cristo se le había dado a él, por lo tanto pudo decir: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí: y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí” (Gál 2:20).

Puesto que la vida de Cristo fue la vida de Pablo, y puesto que Cristo se dio a sí mismo al mundo, Pablo vino a ser deudor ante todo el mundo. Tal ha sido el caso de todos los que han sido siervos del Señor. “David, habiendo servido en su edad a la voluntad de Dios, durmió” (Hechos 13:36). “El que quisiere entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo, como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”.

**Obra personal.** Prevalece el concepto erróneo de que las labores comunes son degradantes, especialmente para un ministro del evangelio. La culpa no es toda de los ministros, sino en gran parte de quienes los rodean. Creen que los ministros deben vestir siempre

impecablemente, y que jamás deben manchar sus manos con el trabajo manual ordinario. Tales ideas no proceden de la Biblia. Cristo mismo fue carpintero, sin embargo, muchos de sus profesos seguidores se quedarían estupefactos si vieran a su pastor aserrando y lijando tablones, cavando en la tierra o cargando paquetes.

Prevalece un falso sentido de la dignidad que es opuesto al espíritu del evangelio. El trabajo no producía vergüenza ni temor en Pablo, y él no lo realizaba sólo ocasionalmente, sino de forma cotidiana, a la vez que se ocupaba de la predicación. Ver Hechos 18:3-4. Dijo: “Sabéis que para lo que me ha sido necesario, y a los que están conmigo, estas manos me han servido” (Hechos 20:34). Estaba hablando a los dirigentes de la iglesia, cuando dijo: “En todo os he enseñado que trabajando así es necesario sobrellevar a los enfermos y tener presente las palabras del Señor Jesús, el cual dijo: ‘Más bienaventurada cosa es dar que recibir’” (vers. 35).

**Pablo, difamado.** En la segunda convención internacional del Movimiento de Estudiantes Voluntarios para las Misiones, el tema principal de una sesión de tarde era: “Pablo, el gran misionero”. El orador dijo que “Pablo tenía una gran facilidad para organizar el trabajo, de tal manera que él asumía personalmente una muy pequeña parte de la labor”. Fue una impía y desafortunada invención esta que se presentó ante jóvenes voluntarios para el servicio misionero, ya que constituye el colmo de la falsedad y es cualquier cosa menos un cumplido para el apóstol.

Además de lo dicho, lee lo que sigue: “Ni comimos el pan de ninguno de balde; antes, obrando con trabajo y fatiga de noche y de día, por no ser gravosos a ninguno de vosotros” (2 Tes 3:8). “De muy buena gana gastaré lo mío y me gastaré yo mismo por vosotros” (2 Cor 12:15). “¿Son ministros de Cristo? (como poco sabio hablo) yo más; en trabajos más abundante; en azotes sin medida; en cárceles más; en muertes, muchas veces” (2 Cor 11:23). “Empero por la gracia de Dios soy lo que soy: y su gracia no ha sido en vano para conmigo; antes he trabajado más que todos ellos: pero no yo, sino la gracia de Dios que fue conmigo” (1 Cor 15:10).

La gracia de Dios se manifiesta en servicio por los demás. La gracia llevó a Cristo a darse a sí mismo por nosotros, y a tomar sobre sí la forma y la condición de siervo. Por lo tanto, el que más gracia de Cristo tiene, es el que más labor hará. No se arredrará ante el trabajo, aunque sea del carácter más servil. Cristo vino hasta las profundidades de lo más bajo por amor al hombre; por lo tanto, aquel que piensa que algún servicio es impropio de su dignidad, se siente demasiado exaltado como para asociarse con Cristo.

**Libertad del evangelio.** Es la libertad que Dios da al hombre, por medio del evangelio. Este expresa el concepto divino de la libertad. Es la libertad que se observa en la naturaleza y en todas las obras de sus manos. Es la libertad del viento, soplando como quiere; la libertad de las flores, esparcidas por doquier en los prados y las montañas; la libertad de los pájaros, planeando por el cielo sin fronteras; la libertad de los rayos del sol, abriéndose camino entre nubes y cumbres elevadas. La libertad de los astros del cielo, surcando sin cesar el espacio infinito. La libertad que proviene del gran Creador a través de todas sus obras.

**Gozando esa libertad ahora.** Es el pecado el que produjo toda estrechez, todo lo limitado y circunscrito. Es el que ha erigido las barreras y ha convertido al hombre en mísero y mezquino. Pero el pecado ha de ser quitado, y una vez más la libertad florecerá en toda la creación. Incluso ahora es posible gustar esa libertad, cuando el pecado es quitado de nuestro corazón. Disfrutar de esa libertad por la eternidad es el glorioso privilegio que el evangelio ofrece ahora a todo hombre. ¿Qué amante de la libertad querrá desaprovechar esa oportunidad?

Hemos considerado la introducción al cuerpo principal de la epístola. Los primeros siete versículos constituyen el saludo; los ocho que siguen abordan asuntos personales concernientes a Pablo mismo y a los hermanos en Roma. El versículo quince es el eslabón que une la introducción con la porción propiamente doctrinal de la epístola.

Observa con atención los versículos citados y comprobarás que no se trata de una división arbitraria sino de algo evidente. Si en la lectura de un capítulo tomas nota de los diferentes temas abordados y de los cambios de un tema al otro, te sorprenderá lo fácil que resulta captar el contenido del capítulo y retenerlo en la mente. La razón por la que muchos encuentran difícil recordar lo que han estudiado en la Biblia, es porque intentan recordarlo “a bulto”, sin prestar atención especial a los detalles.

Al expresar su deseo de encontrarse con los hermanos romanos, el apóstol se declara deudor tanto a griegos como a bárbaros, a sabios y a no sabios, y por lo tanto, dispuesto a predicar el evangelio incluso en Roma, la capital del mundo. El versículo quince, y la expresión “anunciar el evangelio” constituyen la nota predominante de toda la epístola, y Pablo entra entonces en materia de una forma natural y espontánea. De acuerdo con ello, lo siguiente que encontramos es:

### ***El evangelio definido. Romanos 1:16-17***

**16** Porque no me avergüenzo del evangelio: porque es potencia de Dios para salud a todo aquel que cree; al Judío primeramente y también al Griego. **17** Porque en él la justicia de Dios se descubre de fe en fe; como está escrito: Mas el justo vivirá por la fe.

**No me avergüenzo.** No hay razón alguna por la que alguien pudiera avergonzarse del evangelio. Sin embargo, son muchos los que se han avergonzado y se avergüenzan de él. Muchos se avergüenzan hasta tal punto del evangelio, que no están dispuestos a rebajarse haciendo profesión de él. Y a muchos que lo profesan les produce vergonzoso que se sepa. ¿Cuál es la causa de toda esa vergüenza? Es el desconocimiento de lo que constituye el evangelio. Nadie que conozca realmente lo que es el evangelio estará avergonzado de él, ni de ninguna de sus facetas.

**Deseo de poder.** Nada desea tanto el hombre como el poder. Se trata

de un deseo que Dios mismo implantó en él. Desafortunadamente, el diablo ha engañado a la mayoría de los hombres, de tal modo que buscan el poder de la forma equivocada. Creen que se lo halla en la posesión de riquezas o en la posición política, por lo tanto se precipitan a la búsqueda de tales cosas. Pero eso no provee el poder para el que Dios creo en nosotros el deseo, como demuestra el hecho de que no producen satisfacción.

Ningún hombre se satisfizo jamás con el poder obtenido mediante la riqueza o la posición. Por más que tenga, siempre desea más. Nadie encuentra en ellos lo que deseaba, de forma que se afana por tener más, pensando que satisfará así el deseo de su corazón, pero siempre en vano. Cristo es “el Deseado de todas las gentes” (Hageo 2:7), la única fuente de satisfacción plena, ya que él es la encarnación de todo el auténtico poder que existe en el universo: el poder de Dios. “Cristo es el poder de Dios” (1 Cor 1:24).

**Poder y sabiduría.** Es comúnmente reconocido que el saber es poder. En realidad, eso depende... Si nos atenemos a la frase del poeta: “El estudio apropiado para el género humano es el estudio del hombre”, entonces realmente el saber es cualquier cosa menos poder. El hombre no es más que debilidad y pecado. Todo hombre sabe que es pecador; sabe que hace lo que no debe, pero ese conocimiento no le da poder para cambiar su curso de acción. Puedes enumerarle a alguien todas sus faltas, pero si no haces más que eso, lo has debilitado en lugar de fortalecerlo.

Pero aquel que decide, junto al apóstol Pablo, no saber nada, “sino a Jesucristo, y a este crucificado”, posee la sabiduría que es poder. “Esta empero es la vida eterna: que te conozcan el solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual has enviado” (Juan 17:3). Conocer a Cristo es conocer el poder de su vida infinita. Es por falta de ese conocimiento que el hombre se destruye (Oseas 4:6). Pero dado que Cristo es el poder de Dios, es absolutamente correcto afirmar que poder es lo que el hombre necesita; y el único poder genuino, el poder de Dios, se revela en el evangelio.

**La gloria del poder.** Todos los hombres honran el poder. Allí donde este se haga presente, encontrarás una nube de admiradores. No hay nadie que deje de admirarlo o aplaudirlo de alguna manera. Una musculatura poderosa es frecuente objeto de admiración y orgullo, sea que pertenezca a un ser humano, o a un animal irracional. Una máquina poderosa que mueve toneladas sin aparente esfuerzo atrae siempre la atención, así como aquel que la construyó. El hombre rico, cuyo dinero puede pagar el servicio de miles, tiene siempre admiradores al margen de cómo haya obtenido ese dinero. El hombre de alta alcurnia y posición o el monarca de una gran nación disponen de multitudes de seguidores que aplauden su poder. Los hombres anhelan relacionarse con ellos, ya que de tal relación se deriva una cierta dignidad, aunque el poder en sí mismo sea intransferible.

Pero todo el poder de la tierra es frágil y temporal, mientras que el poder de Dios es eterno. El evangelio es el poder, y si los hombres quisieran solamente reconocerlo por lo que es, no podría haber nadie que se avergonzara de él. Pablo dijo: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gál 6:14). La razón de ello es que la cruz es el poder de Dios (1 Cor 1:18). El poder de Dios, manifestado de la forma que sea, significa gloria: nada de qué avergonzarse.

**Cristo no se avergüenza.** Referente a Cristo, leemos: “El que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Heb 2:11). “Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos” (Heb 11:16). Si el Señor no se avergüenza de llamarse hermano de los pobres, débiles y mortales pecadores, el hombre no tiene ninguna razón para avergonzarse de él. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1). ¡Avergonzarse del evangelio de Cristo! ¿Podría existir un caso peor de exaltación del yo por encima de Dios? Avergonzarse del evangelio de Cristo, que es el poder de Dios, es una evidencia de que aquel que así actúa se cree realmente superior a Dios, y le parece que rebaja su dignidad al asociarse con el Señor.

*Jesús, gracias porque no te avergonzaste de hacerte nuestro hermano, siendo que eres nuestro Creador.*

*Gracias por haber ‘menospreciado la vergüenza’, cuando tu cuerpo colgaba descubierto entre el cielo y la tierra, clavado en aquel madero.*

*Para ti no hubo allí ninguna hoja de higuera. Ninguna piel de animal te cubrió en esa hora: sólo espanto y tinieblas.*

*Gracias por haber apurado hasta el final aquella copa. Gracias por llevar en tu cuerpo la vergüenza de nuestros pecados.*

*Gracias porque tú consideras que fuiste ‘herido en casa de tus amigos’ cuando en realidad, éramos ‘enemigos’.*

*Gracias por tener en el cielo un representante como tú, que a pesar de todo, ‘no se avergüenza de llamarnos hermanos’.*

*Al contemplar esa misericordia, sentimos vergüenza por haberte negado tantas veces. Aborrecemos nuestro orgullo, y nos aferramos a ese amor con el que nos atraes a ti mismo.*

*Como el discípulo amado, aceptamos recostar nuestra cabeza sobre tu pecho, tú que no tuviste donde reposar la tuya, desde el pesebre hasta la cruz.*

**Salvos por la fe.** El evangelio es el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. “Por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efe 2:8). “El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Mar 16:16). “A todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre” (Juan 1:12). “Porque con el corazón se cree para justicia; mas con la boca se hace confesión para salud” (Rom 10:10). “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (Juan 6:29). La fe obra.

El tiempo nos faltaría para hablar de aquellos que “por la fe conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron promesas... sacaron fuerza de la debilidad, etc.” (Heb 11:33-34). Los hombres pueden decir: ‘No veo cómo puede uno ser hecho justo simplemente creyendo’. Lo que veas no tiene ninguna trascendencia: no eres salvo por la vista, sino por la fe. No necesitas *ver* la forma en la que tal cosa sucede, ya que es el Señor quien obra la salvación. Cristo mora en el corazón por la fe (Efe 3:17), y dado que él es nuestra justicia, también “es mi salvación, confiaré y no temeré” (Isa 12:1). Veremos más plenamente ilustrada la salvación por la fe a medida que prosigamos en el estudio, puesto que el libro de Romanos está totalmente dedicado a ello.

**Al judío primeramente.** Cuando Pedro, por petición de Cornelio, el centurión Romano, y bajo mandato del Señor, fue a Cesárea a predicar el evangelio a los Gentiles, sus primeras palabras tras haber escuchado el relato de Cornelio, fueron: “En verdad veo que Dios no hace acepción de personas, sino que acepta al que es fiel y obra rectamente, de cualquier nación que sea” (Hechos 10:34-35).

Era la primera vez que Pedro percibía esa verdad, pero no era la primera vez que eso era verdad. Esa verdad es tan antigua como Dios mismo. Dios no escogió nunca a nadie con exclusión de los demás. “La sabiduría que viene de lo alto... es... imparcial” (Sant 3:17). Es cierto que los judíos, como nación, fueron maravillosamente favorecidos por el Señor, pero perdieron todos sus privilegios

sencillamente porque asumieron que Dios les amaba más que a cualquier otro, de forma que tenían la exclusiva. A lo largo de toda su historia, Dios intentaba hacerles ver que lo que les estaba ofreciendo a ellos era para el mundo entero, y que debían ministrar a los demás la luz y los privilegios de los que participaban.

Mediante casos como el de Naamán el Sirio, o el de los habitantes de Nínive, a quienes fue enviado Jonás -entre muchos otros-, Dios intentaba enseñar a los judíos que él no hace acepción de personas.

Entonces, ¿por qué fue predicado el evangelio “al judío primeramente”? Sencillamente porque estaban más cerca. Cristo fue crucificado en Jerusalem. Es desde allí que él comisionó a sus discípulos la predicación del evangelio. Al ascender dijo: “Me seréis testigos en Jerusalem, y en toda Judea, y Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Era muy natural que debieran comenzar la predicación del evangelio en el lugar y a las personas que estaban más próximas a ellos. Tal es el secreto de toda obra misionera. Aquel que no obra de acuerdo con el evangelio en su propia casa, no hará ninguna obra evangélica aunque vaya al más lejano país extranjero.

**La justicia de Dios.** El Señor dice: “Alzad a los cielos vuestros ojos, y mirad abajo a la tierra: porque los cielos serán deshechos como humo, y la tierra se envejecerá como ropa de vestir, y de la misma manera perecerán sus moradores: mas mi salud será para siempre, mi justicia no perecerá. Oídmme, los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley” (Isa 51:6-7). “Hablará mi lengua tus dichos; porque todos tus mandamientos son justicia” (Sal 119:172).

Así, la justicia de Dios es su ley. Nunca hay que olvidar eso. La expresión “la justicia de Dios” ocurre frecuentemente en el libro de Romanos, y definirla de forma diversa y arbitraria ha producido considerable confusión. Si aceptamos la definición dada por la Biblia y no la abandonamos nunca, simplificará mucho las cosas: la justicia de Dios es su perfecta ley.

**Justicia y vida.** Los Diez Mandamientos, sea que estén grabados en

tablas de piedra, o que estén escritos en un libro, no son sino una declaración de la justicia de Dios. La justicia significa la práctica del bien, la rectitud. Es activa. La justicia de Dios es su práctica del bien, su forma de ser. Y puesto que todos sus caminos son justicia, se deduce que la justicia de Dios no es nada menos que la vida de Dios. La ley escrita no es acción, sino solamente una descripción de la acción. Es una descripción del carácter de Dios.

La vida misma y el carácter de Dios se ven en Jesucristo, en el corazón del cual moraba la ley de Dios. No puede haber justicia sin acción. Y así como no hay nadie bueno, sino sólo Dios, se deduce que no hay justicia, excepto en la vida de Dios. La justicia y la vida de Dios son una y la misma cosa.

**Justicia en el evangelio.** “La justicia que viene de Dios se revela de fe en fe”. ¿Dónde se revela? –“En el evangelio”. No olvides que la justicia de Dios es su perfecta ley, de la que encontramos una declaración en los Diez Mandamientos. No existe conflicto alguno entre la ley y el evangelio. En realidad, no existen dos cosas separadas tales como ley y evangelio: la verdadera ley de Dios es el evangelio, ya que la ley es la vida de Dios, y somos “salvos por su vida”. El evangelio revela la justa ley de Dios, puesto que el evangelio lleva la ley en sí mismo. No puede haber evangelio sin ley. Quienquiera que ignore o rechace la ley de Dios, desconoce en ello el evangelio.

**La primera aproximación.** Jesús dijo que el Espíritu Santo convencería al mundo de pecado y de justicia (Juan 16:8). Eso es la revelación de la justicia de Dios en el evangelio. “Donde no hay ley, tampoco hay transgresión” (Rom 4:15). Sólo por la ley es el conocimiento del pecado (Rom 7:7). De ello se deduce que el Espíritu convence de pecado dando a conocer la ley de Dios. La primera vislumbre de la justicia de Dios tiene por resultado que el hombre sienta su pecaminosidad, algo así como la percepción que sentimos de nuestra pequeñez, ante la contemplación de una magnífica montaña. Lo mismo que sucede con la visión de la inmensidad de la montaña, la justicia de Dios, que “es como los altos

montes” (Sal 36:6) “crece” ante nuestra vista a medida que la contemplamos. Por lo tanto, el que mira continuamente a la justicia de Dios, reconocerá continuamente su pecaminosidad.

**La segunda y más profunda aproximación.** Jesucristo es la justicia de Dios. Y Dios no envió “a su Hijo al mundo para que condene al mundo, mas para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17). Dios no nos revela su justicia en el evangelio para que nos quedemos encogidos ante él debido a nuestra injusticia, sino para que podamos tomar su justicia y vivir por ella. Somos injustos, y Dios quiere que nos demos cuenta de ello, a fin de que deseemos recibir su perfecta justicia. Es una revelación de amor; ya que su justicia es su ley, y su ley es amor (1 Juan 5:3).

Así, “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad” (1 Juan 1:9). Si al sermón predicado el evangelio nos revela la ley de Dios, y la rechazamos y le ponemos peros porque condena nuestro curso de acción, lo que estamos diciendo es sencillamente que no queremos que Dios ponga su justicia sobre nosotros.

**Viviendo por la fe.** “Como está escrito: ‘Mas el justo vivirá por la fe’”. Cristo es “vuestra vida” (Col 3:4). Somos “salvos por su vida” (Rom 5:10). Es por la fe como recibimos a Jesucristo, ya que él mora en nuestros corazones por la fe (Efe 3:17). El que mora en nuestros corazones significa vida, ya que del corazón “mana la vida” (Prov 4:23).

Ahora viene la palabra, “de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él: arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe” (Col 2:6-7). Al recibirlo por la fe y andar en él de la misma forma en que lo hemos recibido, “andamos por la fe, no por vista”.

**De fe en fe.** Esa expresión aparentemente complicada, que ha sido objeto de no poca controversia, es en realidad muy simple cuando permitimos que la Escritura se explique a sí misma. En el evangelio,

“la justicia que viene de Dios se revela de fe en fe. Como está escrito: ‘Mas el justo vivirá por la fe’”. Observa el paralelismo entre “de fe en fe”, y “el justo vivirá por la fe”. Justo significa recto.

En 1 Juan 1:9 leemos que él (Dios), es fiel y “justo”. La vida de Dios es justicia. Es su deseo que la nuestra sea también justicia, de manera que nos ofrece su propia vida. Esa vida se hace nuestra por la fe. De la misma manera en que vivimos respirando, así tenemos que vivir espiritualmente por la fe, y toda nuestra vida ha de ser espiritual. La fe es el aliento (respiración) de vida para el cristiano. Así, de la misma manera que físicamente vivimos de respiración en respiración, espiritualmente debemos vivir de fe en fe.

Sólo podemos vivir por lo que respiramos en ese momento; de igual manera, sólo podemos vivir espiritualmente por la fe que tenemos en el momento actual. Si vivimos una vida de consciente dependencia de Dios, su justicia será la nuestra, ya que respiraremos continuamente en ella. La fe nos da fortaleza, ya que aquellos que la ejercitaron, “sacaron fuerza de la debilidad” (Heb 11:34).

Se dice de aquellos que aceptan la revelación de la justicia de Dios “de fe en fe”, que “irán de fortaleza en fortaleza” (Sal 84:7).

No olvidemos que es de las propias palabras de la Biblia de las que hemos de aprender. Toda la ayuda real que un instructor puede dar a alguien, en el estudio de la Biblia, consiste en enseñarle cómo fijar su mente con mayor claridad en las palabras exactas del registro sagrado. Por lo tanto, primeramente, lee varias veces el texto. No lo hagas con precipitación, sino cuidadosamente, prestando especial atención a cada afirmación. No malgastes ni un solo momento en especular sobre el posible significado del texto. No hay nada peor que elucubrar con el significado de un texto de la Escritura, para hacerle decir lo que algún otro piensa. Nadie puede saber más sobre la Biblia que lo que la Biblia misma dice; y la Biblia está tan dispuesta a contar su historia a una persona como a cualquier otra.

Pregúntale detenidamente al texto. Escudríñalo una y otra vez,

siempre con un espíritu reverente, de oración, para que el texto se explique a sí mismo. No te desanimes si eres incapaz de comprender de una vez todo lo contenido en el texto. Recuerda que se trata de la palabra de Dios, y que es infinita en profundidad, de forma que jamás llegarás a agotarla. Cuando llegues a un pasaje difícil, retrocede y considéralo en relación con lo que lo precede. No pienses que te vaya a ser posible captar su significado más pleno aislándolo de su contexto. Aplicándote con perseverancia a las palabras del texto, a fin de llegar a estar seguro de conocer exactamente lo que quiere decir, llegarás pronto a tenerlo constantemente en tu mente; y es entonces cuando comenzarás a saborear algunos de los ricos frutos del estudio de la Biblia. Cuando menos lo esperes brillará nueva luz a partir de esos textos y a través de ellos, mientras estés considerando otras Escrituras.

### ***La justicia del juicio. Romanos 1:18-20***

**18** Porque manifiesta es la ira de Dios del cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que detienen la verdad con injusticia: **19** Porque lo que de Dios se conoce, a ellos es manifiesto; porque Dios se lo manifestó. **20** Porque las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas; de modo que son inexcusables.

### ***El hombre perdió el conocimiento de Dios. Romanos 1:21-23***

**21** Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias; antes se desvanecieron en sus discursos, y el necio corazón de ellos fue entenebrecido. **22** Diciéndose ser sabios, se hicieron fatuos, **23** y trocaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de animales de cuatro pies, y de serpientes.

## **Resultado de ignorar a Dios. Romanos 1:24-32**

**24** Por lo cual también Dios los entregó a inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de suerte que contaminaron sus cuerpos entre sí mismos: **25** Los cuales mudaron la verdad de Dios en mentira, honrando y sirviendo a las criaturas antes que al Criador, el cual es bendito por los siglos. Amén. **26** Por esto Dios los entregó a afectos vergonzosos; pues aun sus mujeres mudaron el natural uso en el uso que es contra naturaleza: **27** Y del mismo modo también los hombres, dejando el uso natural de las mujeres, se encendieron en sus concupiscencias los unos con los otros, cometiendo cosas nefandas hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la recompensa que convino a su extravío. **28** Y como a ellos no les pareció tener a Dios en su noticia, Dios los entregó a una mente depravada, para hacer lo que no conviene, **29** Estando atestados de toda iniquidad, de fornicación, de malicia, de avaricia, de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidades; **30** murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, **31** necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia: **32** Que, habiendo entendido el juicio de Dios que los que hacen tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que aun consienten a los que las hacen.

**Toda injusticia, condenada.** La ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra toda maldad e injusticia de los hombres. “Toda maldad es pecado” (1 Juan 5:17). “Pero no se imputa pecado no habiendo ley” (Rom 5:13). Por lo tanto, a todo el mundo se ha manifestado la suficiente cantidad de ley de Dios como para dejar a todos sin excusa para el pecado. Lo que expone este versículo equivale a lo que encontramos en el siguiente capítulo: “No hay acepción de personas para con Dios”. Su ira se manifiesta contra toda injusticia. No hay en todo el mundo una persona lo bastante grande como para que pueda pecar impunemente, ni tampoco una persona tan insignificante como para que su pecado pase desapercibido. Dios es estrictamente imparcial. “Sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno” (1 Ped 1:17).

**Deteniendo la verdad.** Leemos que “detienen la verdad con

injusticia”. Algunos han concluido superficialmente a partir de Romanos 1:18 que el hombre puede poseer la verdad al mismo tiempo que es injusto. El texto no dice tal cosa. Encontramos evidencia suficiente de que eso no es así en el hecho de que el apóstol está en este capítulo hablando especialmente de los que no poseen la verdad, antes bien la han cambiado por una mentira. Aunque han perdido todo el conocimiento de la verdad, están condenados por su pecado.

Eso significa que los hombres reprimen la verdad con injusticia. Cuando Jesús fue a su propia región natal, “no hizo allí muchas maravillas a causa de la incredulidad de ellos” (Mat 13:58). Pero en el texto que nos ocupa, el apóstol quiere decir mucho más que eso. Como muestra claramente el contexto, quiere decir que los hombres, por su perversidad, reprimen la obra de la verdad de Dios en sus propias almas. Si no fuese por su resistencia a la verdad, esta los santificaría. Y aquí se ve el resultado:

**Justicia de la ira de Dios.** La ira de Dios es manifiesta desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, y precisamente debido a que “lo que de Dios se conoce, a ellos es manifiesto; porque Dios se lo manifestó”. Observa especialmente la afirmación de que lo que es posible conocer de Dios, “Dios se lo manifestó”. No importa lo ciegamente que el hombre pueda pecar, persiste el hecho de que está pecando en contra de una gran luz, “porque lo que de Dios se conoce, a ellos es manifiesto; porque Dios se lo manifestó”. Con un conocimiento tal, no solamente ante sus ojos, sino de hecho en su interior, es fácil reconocer la justicia de la ira de Dios contra todo pecado, sin importar quién lo protagonice.

Incluso aunque pueda no ser perfectamente clara para nosotros la forma en la que el conocimiento de Dios es realmente puesto en todo hombre, podemos aceptar la constatación que el apóstol hace de ese hecho. En la maravillosa descripción dada a Isaías sobre la locura de la idolatría se nos dice que el hombre que se hace un ídolo miente contra la verdad que él mismo posee. “Su corazón engañado lo desvía, para que no se libre, ni diga: ‘¿No es pura mentira lo que

tengo en la mano?” (Isa 44:20).

**Viendo al Invisible.** Se nos dice de Moisés que “se sostuvo como viendo al invisible” (Heb 11:27). No se trata de un privilegio exclusivo de Moisés. Todos pueden hacer lo mismo. ¿Cómo? “Las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas”. Jamás ha habido un tiempo, desde que el mundo fue creado, en el que todo hombre no haya tenido a su disposición el conocimiento de Dios.

*Los cielos cuentan la gloria de Dios  
y la expansión denuncia la obra de sus manos*

*(Salmo 19:1)*

**Su eterno poder y divinidad.** Las cosas invisibles de Dios que son dadas a conocer por las cosas que son hechas, son su poder eterno y divinidad. “Cristo es el poder de Dios” (1 Cor 1:24). “Porque por él [el Hijo] fueron criadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue criado por él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y por él todas las cosas subsisten” (Col 1:16-17). “Él dijo, y fue hecho; mandó, y existió” (Sal 33:9). Es “el primogénito de toda criatura” (Col 1:15). Es el origen o principio de la creación de Dios (Apoc 3:14).

Es decir, toda creación proviene de Jesucristo, quien es el poder de Dios. Llamó a los mundos a la existencia a partir de su propio ser. Por lo tanto, todo cuanto ha sido creado lleva el sello del poder externo y de la divinidad de Dios. No podemos abrir nuestros ojos, ni siquiera podemos sentir la brisa fresca en el rostro, sin tener una clara revelación del poder de Dios.

**Somos linaje de Dios.** Cuando Pablo reconvino a los atenienses por su idolatría, dijo que Dios no está lejos de cada uno de nosotros, “porque en él vivimos, nos movemos, y somos”. Pablo estaba hablando a paganos, y sin embargo era tan cierto para ellos como lo

es para nosotros. Citó entonces a uno de sus poetas, quien había dicho: “Porque linaje de este somos también”, y puso en esa afirmación el sello de la verdad, al añadir: “siendo pues linaje de Dios, no hemos de estimar la Divinidad ser semejante a oro, o a plata, o a piedra, escultura de artificio o de imaginación de hombres” (Hechos 17:29).

Cada movimiento del hombre y cada respiración son obra del poder externo de Dios. De esa manera el eterno poder y divinidad de Dios son manifiestos a todo hombre. *No que el hombre sea divino en ningún sentido*, ni que posea por sí mismo ningún poder. Muy al contrario: el hombre es como la hierba. “Ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive” (Sal 39:5). El hecho de que el hombre no sea nada en sí mismo (“menos que nada, y que lo que no es”) es evidencia del poder de Dios que se manifiesta en él.

**El poder de Dios manifestado en la naturaleza.** Observa una diminuta hoja de hierba abriéndose camino a través del duro suelo en busca de la luz del sol. Es algo realmente frágil. Arráncala, y comprobarás que no tiene fuerza para tenerse por ella misma. El simple hecho de desarraigarla hace que pierda su apresto. Depende del suelo para su sustento, y sin embargo necesita atravesarlo y emerger sobre él. Descompón esa hoja de hierba tan minuciosamente como desees, y aun así no encontrarás nada que indique la posesión de poder en ella misma. Frótala entre los dedos y comprobarás que se convierte en casi nada. Es de las cosas más frágiles de la naturaleza, y sin embargo es capaz de levantar gruesas piedras que se interpongan en el camino de su crecimiento.

¿De dónde viene su poder? Es externo a la hierba: no es nada menos que el poder de la vida de Dios obrando de acuerdo con su palabra, que en el principio dijo: “Produzca la tierra hierba verde”.

**El evangelio en la creación.** Ya hemos visto cómo en toda cosa creada se manifiesta el poder de Dios. Y hemos considerado también cómo “el evangelio... es poder de Dios para salvación”. El poder de Dios es siempre el mismo, ya que el texto nos habla de “su eterno

poder”. El poder que se manifiesta en las cosas que Dios ha creado, por consiguiente, es el mismo poder que obra en los corazones de los hombres para salvarlos del pecado y de la muerte. Podemos tener así la seguridad de que Dios ha constituido cada porción del universo de manera que sea un predicador del evangelio. De esa forma, no es solamente cierto que a partir de las cosas hechas por Dios el hombre pueda conocer de la existencia de Dios, sino que puede también conocer el eterno poder de Dios para salvarlo. El versículo veinte del primer capítulo de Romanos es un desarrollo del dieciséis. Nos dice cómo podemos conocer el poder del evangelio.

**Las estrellas como predicadores.** “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra al otro día, y una noche a la otra noche declara sabiduría. Aunque no se escuchan palabras ni se oye su voz, por toda la tierra sale su pregón, y hasta el extremo del mundo sus palabras” (Sal 19:1-4).

Lee ahora Romanos 10:13-18: “‘Todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo’. Ahora bien, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Pues está escrito: ‘¿Cuán hermosos son los pies de los que anuncian las buenas noticias!’. Pero no todos obedecieron al evangelio. Pues Isaías dice: ‘Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?’ Así, la fe viene por el oír, y el oír por medio de la Palabra de Cristo. Pero pregunto: ¿No han oído realmente? Claro que oyeron. ‘Por toda la tierra ha salido su voz, y sus palabras hasta los fines de la tierra’”.

En ese texto se da respuesta a toda objeción que el hombre pueda hacer a propósito del castigo de los paganos. Como declara en el primer capítulo, no tienen excusa. El evangelio se ha dado a conocer a toda criatura bajo el cielo. Se admite que el hombre no puede evocar a aquel en quien no ha creído, que no puede creer en aquel de quien no le han hablado y que no puede oír sin que alguien le predique. Y también que lo que debió oír, y no obedeció, es el

evangelio.

Habiendo afirmado lo anterior, el apóstol pregunta: “¿No han oído realmente?”, y entonces responde categóricamente a la pregunta que acaba de plantear, citando las palabras del salmo 19: “Claro que oyeron. ‘Por toda la tierra ha salido su voz, y sus palabras hasta los fines de la tierra’”. De esa forma podemos saber que esa palabra que los cielos cuentan día a día es el evangelio, y que esa sabiduría que declara una noche tras otra es el conocimiento de Dios.

**Los cielos declaran justicia.** Sabiendo que lo que declaran los cielos es el evangelio de Cristo, el cual es poder de Dios para salvación, podemos seguir fácilmente el hilo del salmo 19. Al lector casual le parece que hay una interrupción en la continuidad de ese salmo: empieza hablando de los cielos y de repente el salmista pasa a abordar la perfección de la ley, así como su poder convertidor. “La ley de Jehová es perfecta, que vuelve el alma” (versículo 7). Pero no hay interrupción alguna. La ley de Dios es la justicia de Dios, el evangelio revela la justicia de Dios, y los cielos revelan el evangelio. Por lo tanto, se deduce que los cielos revelan la justicia de Dios. “Los cielos anuncian su justicia, y todos los pueblos ven su gloria” (Sal 97:6).

La gloria de Dios es su bondad, ya que se nos dice que es debido al pecado por lo que los hombres están destituidos de su gloria (Rom. 3:23). Por lo tanto, podemos saber que todo aquel que levante su vista hacia el cielo con reverencia, discerniendo en él el poder del Creador, y esté dispuesto a ponerse en manos de ese poder, será llevado a la justicia salvadora de Dios. Hasta el sol, la luna y las estrellas –cuya luz no es más que una parte de la gloria del Señor–, iluminarán su alma con esa gloria (ver *Hijos e hijas de Dios*, 19).

**Sin excusa.** Cuán evidente es, por lo tanto, que los hombres no tienen excusa para sus prácticas idolátricas. Cuando el Dios verdadero se revela a sí mismo en todo, y da a conocer su amor mediante su poder, ¿qué excusa podrá presentar el hombre para no reconocerlo ni adorarlo?

Pero ¿es cierto que Dios da a conocer su amor a todo hombre? -Sí, es tan cierto como que él se da a conocer, ya que “Dios es amor”. Quienquiera que conozca al Señor, conocerá su amor. Si tal sucede con los paganos, ¡cuán inexcusable es la situación de aquellos que viven en países en donde el evangelio se predica con voz audible a partir de su palabra escrita!

**El origen de la idolatría.** ¿Por qué sucede que si Dios se ha revelado tan claramente a sí mismo y a su verdad, hay tantos que lo ignoran completamente? Se nos da la respuesta: “Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias”.

Hay algo que Dios ha dado como signo y sello de su divinidad, que es el sábado. Refiriéndose al hombre, dice: “Y les di también mis sábados, que fuesen señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico” (Eze 20:12). Eso armoniza con lo que hemos aprendido en Romanos, ya que allí hemos visto cómo el hombre sabio percibe el poder y la divinidad de Dios mediante las cosas que él creó, y el sábado es el gran memorial de la creación. “Acuérdate del día sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Pero el sábado es el día de reposo del Señor tu Dios. No hagas ningún trabajo en él; ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días el Eterno hizo el cielo, la tierra y el mar, y todo lo que contienen, y reposó en el séptimo día. Por eso, el Señor bendijo el sábado y lo declaró santo” (Éxodo 20:8-11). Si el hombre hubiese guardado siempre el sábado tal como este fue dado, jamás habría existido la idolatría, ya que el sábado revela el poder de la palabra del Señor para crear y obrar justicia.

**Se ofuscaron en vanos razonamientos.** El hombre se entregó a la vanidad de pensamiento, y “el necio corazón de ellos fue entenebrecido”. Referente a las especulaciones de los antiguos filósofos, dijo Gibbon: “Su razón se guiaba frecuentemente por su imaginación, y su imaginación por su vanidad”. El trayecto de su caída fue el mismo que el del ángel que se convirtió en Satanás. “¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado

fuiste por tierra, tú que debilitabas las gentes. Tú que decías en tu corazón: ‘Subiré al cielo, en lo alto junto a las estrellas de Dios ensalzaré mi solio, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del aquilón; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo’” (Isa 14:12-14).

¿Cuál fue la causa de su exaltación y caída? “Tu corazón se enaltecíó a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu resplandor” (Eze 28:17). Siendo que en toda su sabiduría y gloria dependía enteramente de Dios, no glorificó a Dios sino que asumió que todos sus talentos se originaban en sí mismo. De esa forma, al desconectarse en su orgullo de la Fuente de luz, se convirtió en el príncipe de las tinieblas. Lo mismo ocurrió con el hombre.

**Cambiando la verdad por mentira.** “No hay potestad [poder] sino de Dios”. En la naturaleza vemos la manifestación de un magnífico poder, pero en realidad es la obra de Dios. Las diversas formas de poder que los filósofos clasifican, y que creen inherentes a la materia, no son más que la obra de la vida de Dios en las cosas que él creó. Cristo “es antes de todas las cosas, y por él todas las cosas subsisten” o se mantienen (Col 1:17). La cohesión de la materia, por lo tanto, deriva del poder directo de la vida de Cristo. La fuerza de la gravedad también, como leemos en relación con los cuerpos celestes: “Levantad en alto vuestros ojos y mirad quién creó estas cosas: él saca por cuenta su ejército: a todas llama por sus nombres; ninguna faltará: tal es la grandeza de su fuerza, y su poder y virtud” (Isa 40:26). Pero los hombres observaron los fenómenos de la naturaleza, y en lugar de discernir en ellos *el poder* del Dios supremo, atribuyeron divinidad a las cosas mismas.

De esa forma, mirándose a ellos mismos y considerando cuán grandes cosas podían lograr, en lugar de honrar a Dios como al dador y sostenedor de todas las cosas –Aquel en quien nos movemos, somos y tenemos el ser– asumieron que ellos mismos eran divinos por naturaleza. De esa forma mudaron la verdad de Dios en una mentira.

La verdad es que la vida y el poder de Dios se manifiestan en todo lo que ha creado; la mentira es que la fuerza que se manifiesta en todas las cosas es *inherente* a las cosas mismas. El hombre pone así a la criatura en el lugar del Creador.

**Mirando hacia el interior.** Marco Aurelio, reputado como el mayor de los filósofos paganos, dijo: “Mira hacia dentro. En el interior está la fuente del bien, y de allí brotará siempre que lo busques”. Eso expresa la esencia de todo paganismo. El *yo* era supremo. Pero ese espíritu no es exclusivo de lo que se conoce por paganismo, ya que es algo muy común en nuestros días. Sin embargo, no es en realidad otra cosa excepto el espíritu del paganismo. Es una parte de la adoración a la criatura, en lugar de al Creador. Para ellos es natural ponerse en lugar de Dios; y una vez han hecho tal cosa, es una consecuencia necesaria el que miren hacia ellos como fuente de la bondad, en lugar de mirar hacia Dios.

Cuando el hombre mira adentro, ¿qué es lo único que puede ver? “De dentro del corazón de los hombres salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, las desvergüenzas, el ojo maligno, las injurias, la soberbia, la insensatez” (Mar 7:21-22). Dijo el mismo apóstol Pablo: “Yo sé que en mí (es a saber, en mi carne) no mora el bien” (Rom 7:18). Ahora, cuando el hombre mira todo ese *mal* que está en él por naturaleza, y piensa que eso *es bueno*, y que puede obtener el bien a partir de sí mismo, el resultado no puede ser otro que la más degradante iniquidad. Está virtualmente diciendo: ‘Mal, sé tú mi bien’.

**La sabiduría de este mundo.** “El mundo en su sabiduría, no conoció a Dios en su divina sabiduría”. La agudeza de intelecto no es fe, ni puede sustituirla. Un brillante erudito puede albergar la mayor bajeza humana. Hace algunos años fue ahorcado un hombre condenado por más de diez crímenes brutales, y sin embargo era un erudito y científico que había ocupado una alta posición en la sociedad. Instrucción no es equivalente a cristianismo, si bien un cristiano puede ser un hombre instruido. Los inventos modernos

nunca salvarán al hombre de la perdición. Cierta filósofo moderno dijo que “la idolatría no puede encontrar su lugar junto al arte y cultura más refinados que el mundo ha conocido”. Sin embargo, los hombres se estaban hundiendo en una maldad como la descrita por el apóstol en la última parte del primer capítulo de Romanos [*Nota: Escribiendo en 1895, el autor difícilmente pudo haber imaginado los horrores de la primera y segunda guerras mundiales, perpetradas por algunos de los hombres más educados y cultos que el mundo haya conocido jamás*]. Incluso los hombres reputados como sabios eran tal como están allí descritos. Fue el resultado natural de buscar la justicia en ellos mismos.

**En los últimos días.** Si quieres ver una descripción del mundo en los últimos días, lee los últimos versículos del primer capítulo de Romanos. Los que creen en un milenio de paz y justicia antes de la venida del Señor encontrarán eso muy chocante, y ojalá que sea para su bien. Lee cuidadosamente la lista de pecados, y luego ve cuán exactamente se corresponde con lo siguiente:

“Esto también sepas, que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos: que habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, detractores, desobedientes a los padres, ingratos, sin santidad. Sin afecto, desleales, calumniadores, destemplados, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, arrebatados, hinchados, amadores de los deleites más que de Dios; teniendo apariencia de piedad, mas habiendo negado la eficacia de ella” (2 Tim 3:1-5). Todo eso proviene del yo: la auténtica fuente del mal que Pablo atribuyó a los paganos. Se trata de las obras de la carne (Gál 5:19-21). Son el resultado natural de confiar en el yo.

A pesar de la declaración del apóstol, son muy pocos los que creen que ese estado de cosas llegará a ser general, especialmente entre aquellos que hacen profesión de piedad. Pero la simiente que produce esa cosecha está ya sembrada por doquier. El papado, el “hombre de pecado, el hijo de perdición, oponiéndose y levantándose contra todo lo que se llama Dios, o que se adora”, es la fuerza más poderosa en el profesado cristianismo, y su poder

aumenta cada día que pasa. ¿Cómo progresa de esa manera? No tanto por méritos propios como por la ciega aceptación de sus principios por parte de los profesos protestantes. El papado se ha exaltado por encima de Dios al intentar cambiar su ley (Dan 7:25). Osadamente aceptó el día de fiesta pagano de adoración al sol (domingo [día del sol en inglés]) en lugar del sábado del Señor, que es el memorial de la creación; y señala desafiantemente ese cambio como sello de su autoridad. La mayoría de protestantes siguen montados en ese, su tren, aceptando una institución que coloca al hombre por encima de Dios: el símbolo de la justificación por las obras, en lugar de la justificación por la fe.

Cuando los profesos cristianos se adhieren a las ordenanzas humanas en contra del expreso mandamiento del Señor y sostienen su institución evocando a los Padres –hombres educados en la filosofía del paganismo–, la ejecución de todo mal que sus corazones puedan imaginar no es más que el siguiente paso en el camino descendente. “El que tiene oídos para oír, oiga”.